

ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN (1799-1867)

LETRILLAS MORISCAS

INDICE:

LETRILLA I

La cita

LETRILLA II

Los soles

LETRILLA III

La reconvención

LETRILLA IV

El desierto

LETRILLA V

Las dudas

LETRILLA VI

La tempestad

LETRILLA VII

El bereber

LETRILLA VIII

Los cánticos

LETRILLA IX

El azahar

LETRILLA X

El sacrificio al amor

LETRILLA XI

La fiesta

LETRILLA XII

El pastor

LETRILLA XIII

Los cabellos

LETRILLA XIV

La aflicción

LETRILLA XV

El cálamo

LETRILLA XVI

Los celos

LETRILLA XVII

La gacela

LETRILLA XVIII

El placer

LETRILLA XIX

La súplica celosa

LETRILLA I

La cita

¡Oh Zaida, más bella
que en fresco vergel
la risa del cielo
al amanecer!

Más pura tu boca
que la pura miel,
o el purpúreo cáliz
de rosa de Fez;

más blanco tu aljófara
en su rico andén
que el menudo fruto
del pino doncel;

más dulce tu habla
que en florido mes
la más dulce alloza
que apaga la sed:

para hablar de amores
a tu amante ven,
bajo el fausto abrigo
del verde laurel.

LETRILLA II

Los soles

Cuando el sol de Arabia
con disco de fuego
desde el Zenit vibra
sus rayos e incendios,

y quema y consume
los pimpollos tiernos
de los terebintos
y almeces del huerto,

no hieren tan vivos
como tú mi pecho
cuando tus dos soles
me miran ardiendo.

Mis ojos turbados
te piden consuelo,
y en llama invisible
entonces me quemo;

y una sed ardiente
y tan dulce siento,
que ni sé explicarla
ni apagarla puedo.

LETRILLA III

La reconvención

No muestres tu cáliz
altiva en el prado
con púrpura y oro,
oh rosa de mayo;

ni estés, bello almendro,
pomposo ni ufano
con las blancas flores
de tu verdes ramos;

ni pienses tú solo,
oloroso nardo,
haber el perfume
más suave y grato;

pues si a la Hourí mía
demente os comparo,
cuando amor me jura
con tímido labio,

vuestro albor y aroma,
y tinte encarnado,
se trueca a mis ojos
en vapor liviano.

LETRILLA IV

El desierto

La turba sedienta
que afligida vaga
por el mar de arena
de la ardiente Arabia,

y cuando en su abismo
triste muerte aguarda,
de pronto el Oasis
más frondoso halla,

gozando en la sombra
de las verdes palmas
el sueño que atrae

el rumor del agua,

no prueba en su alivio
más dulce esperanza,
cual da al pecho mío

mi hermosa adorada,
si piadosa alienta
mis tímidas ansias,
llevándome al cielo
con una mirada.

LETRILLA V

Las dudas

Una mano airada
de inflamado hierro,
que ardiendo invadiese
mi sensible pecho,

y en bárbaro encono
me fuese oprimiendo
el corazón triste
con doliente estrecho,

mitigando a veces
tan crudo tormento
para más airada
renovarle luego,

no diera a mi alma
dolor tan intenso,
ni ahogo más triste,
ni tan crudo anhelo,

como el que, bien mío,
con tu amor padezco,
vagando entre dudas,
angustias y celos.

LETRILLA VI

La tempestad

El nublado cerco
que ciñe a la luna,
empañando el brillo
de su lumbre pura;

el aire inflamado
que las aves turban,
buscando azoradas
la enramada oculta;

las cárdenas llamas
que en el cielo sulcan,
y el eco del trueno
que airado retumba;

los silbos del Noto,
las sombras que cruzan,
todo, Zaida mía,
tempestad anuncia.

Ven, y mientras pasa
estarás segura,
tornando a tus ojos
en cielo mi gruta.

LETRILLA VII

EL Berebere

Alzad ya las tiendas,
mis tristes esclavos,
llevando a otros valles
mi pobre rebaño:

dejad del Atlante
los sabrosos pastos
y aduar perseguido,
al desierto huyamos.

¿Qué de mí infelice
aquí solitario,

si la infiel que adoro
mi amor ha burlado?

Encuentran mis flores
abrojos por pago,
desdén mis finezas,
desprecio mi llanto.

Así alzad las tiendas,
mis tristes esclavos,
y aduar perseguido,
al desierto huyamos.

LETRILLA VIII

Los cánticos

Primer amor mío,
adorada virgen,
astro y luz divina
que mi amor dirige;

cáliz misterioso

que encierra el elixir,
balsámico alivio
de mi pecho triste;

urna de perfumes,
tesoro sublime
del albor sin mancha
de armiños y cisnes;

angélica imagen
que entre rojos iris
ve en sueños brindarse
mi mente felice,

antes que la luna
sus luces eclipse
oirás a tus verjas
mis cantos humildes.

LETRILLA IX

El azahar

Cuando atento miro
tu angélica faz,
gozando la lumbre
de tanta beldad,

en tu boca admiro
la concha del mar
bordado su cerco
de rojo coral:

te hablo, y mi mente
se siente embriagar
oyendo suave
tu voz celestial;

pero si al llegarme
con tímido afán
tu aliento de rosas
aspiro inmortal,

en tan puro cáliz
disfruto a la par,
con albor y aroma,
la flor de azahar.

LETRILLA X

El sacrificio al amor

En el mediodía
se asoma mi amor
por el alto otero
donde paso yo.

De faz tan hermosa
envidioso el sol,
certero la hería
con dardo traidor.

No, no, virgen mía,
mi loca afición
te harán ni un instante
sufrir más dolor.

Huye a la enramada,
te ruego, veloz,
y sufra esta pena
mi tierna pasión;

pues cada cruel rayo
que te vibra el dios,
espina es que hiere
mi fiel corazón.

LETRILLA XI

La fiesta

Cercano al torrente
que del monte baja,
un bosque se encuentra
de almeces y acacias.

El plátano airoso
ufano se alza,
besando al mecerse
las pomposas palmas.

La yedra tejiendo
la flexible rama
con su sombra cubre
la agradable estancia.

La rosa y celinda
el aire embalsaman,
y de rojo y blanco
la pradera esmaltan.

Aquí en ti pensando,
oh prenda adorada,
la siesta de estío
fugaz se me pasa.

LETRILLA XII

El pastor

Cuando por la tarde
inquieto te busco,
bajo los granados
cercados de juncos,

y te hallo guardando
el rebaño tuyo,
y el tigre rugiendo
al lejos escucho;

y ¡oh flor del desierto!
¿Tú quieres, pregunto,
que mi pecho y brazo
te sirvan de escudo?

Y logrando asenso
me siento a ti junto,
y mi afán ardiente
y mi amor te juro,

el placer me agita
con tan dulce impulso
cual aura del alba
al florido arbusto.

LETRILLA XIII

Los cabellos

Cabellos preciosos,
celestial regalo
que en nardo mi amada
me diera empapados;

selladme los ojos,
tocad en mis labios
y el cuello ceñidme
con amante lazo;

cadena de flores
seréis, en presagio
de ser de mi diosa
el más fiel esclavo.

Os pongo en mi rostro
y juzgo embriagado
que aún sois de sus trenzas
los rizos ufanos.

Feliz el que amante
se duerma en sus brazos
de tan luengas hebras
al plácido halago.

LETRILLA XIV

La aflicción

Si tú me encontraras,
oh Zaida inclemente,
llorando en el valle
tus crudos desdenes;

si oyeras mi labio
suspirar vehemente,
o en silencio amargo
devorarme a veces;

si incierto me hallaras
vagando demente,
el seno hecho pira,
los ojos dos fuentes,

acaso trocaras,
condolida al verme,
en cera tu pecho,
en fuego tu nieve:

con miel redimieras
las pasadas hieles,
y cada tormento
con dulces deleites.

LETRILLA XV

El cálamo

Fresca y verde juncia,
heno delicioso,
cogido en la aurora,
en el verde soto;

anémone hermosa,
perfumado aroma,
que el aura embalsamas
de olores preciosos;

enramada umbría
dosel misterioso
de jazmín tejido
entre verdes olmos;

albergue y morada
a mis tiernos votos,
con lecho el más blando,
prestadme officiosos;

que el tálamo apresto
de placer absorto,
do espero a la amada
cual ardiente esposo.

LETRILLA XVI

Los celos

El mortal Siroco
que ardiente desierto
lanza emponzoñado
de su estéril suelo,

llevando en sus alas
con silbido horrendo
el fuego del rayo,

de sierpe el veneno,

y allí donde toca
carbón hace luego,
y muere abrasado
quien bebe su aliento,

no causa más crudo
estrago ni incendio,
cual da al alma mía
el mal de los celos.

Huracán furioso
sacude mi pecho,
y en puñal y en sangre
placer sólo encuentro.

LETRILLA XVII

La gacela

¿Ves por el collado
pasar fugitiva,
turbada y doliente
la gacela herida?

Los hermosos ojos
de negras pupilas,
¿la ves a los cielos
alzar dolorida?

Procura, aunque en vano,
con mortal porfía
librarse del dardo
que infiel le lastima.

Cansada se postra,
y su mal no alivia
ni la clara fuente,
ni la sombra amiga;

hasta que luchando
con triste agonía,
cual tu tierno amante,

perderá la vida.

LETRILLA XVIII

El placer

El mosto tan dulce
que exprimida mana
en el labio ardiente
la roja granada;

el dátil sabroso
que brinda en las ramas,
su miel destilando
la frondosa palma;

el fruto cuajado
con púrpura y ámbar
que ofrece en Engadi
la vid delicada,

no tan dulcemente
el gusto me halagan
cual tú, panal mío,
si en la noche clara

al huerto en silencio
cuidadosa bajas,
y de amor bebemos
la copa encantada.

LETRILLA XIX

La súplica celosa

¡Oh genio inclemente
que infausto presides
con mano enemiga
mi destino triste!

Tú, que el mal acerbo
que sufro concibes,

pues lava y no sangre
a mi pecho diste,

dispensa piadoso
a mi ruego humilde
tus mágicas artes,
tu forma invisible;

y cuando la aleve
su amor más afirme,
y más favor logre
mi rival felice,

pueda aparecerles
mi sombra terrible,
y helados al verla
con mi daga expiren.